

—Vice el gobernador del Estado General Adolfo Palacio.
 —Vice el vice-gobernador Coronel Adolfo Palacio.
 —Vice el gobernador del Estado General Adolfo Palacio.

CAPITULO VII.

EL PRONUNCIAMIENTO.

Adolfo Palacio, que estaba ignorante completamente de lo que pasaba, salió al balcon á ver lo que significaba aquel ruido.

Entonces seguimos victoreándole con entusiasmo, y nombramos una comision que fuera á rogarle viniera á incorporarse con nosotros.

No queria creer la noticia, y tuvimos que enseñarle los documentos temblando: en caso de que desconociera alguna de las firmas, estábamos perdidos, porque de seguro que no aprobaba la farsa y descubria el pastel.

Leyó los pliegos á la luz de las antorchas, y el jefe político Martin Ibarra, que ya habia tomado algunas copas de cognac, le dijo con tono lleno de seguridad:

—No hay duda, coronel, ustedes han triunfado: yo conozco como la mia todas esas firmas.

—En efecto, dijo Palacio, la letra y firma de Toledo son inimitables.

—Lo mismo las de Andrade y Martinez.

—¿Quién trajo estos pliegos?

—Un extraordinario.

—Seria bueno llamarlo, para que nos diera algunos pormenores.

—Le dí permiso de que se fuera á cenar, dijo Granados con desfachatez.

El teniente coronel Ballesteros estaba á la sazón encargado de cuidar tanto al correo vardadero como al supuesto, para que no se comunicaran con nadie.

Adolfo Palacio depuso al fin toda incredulidad, le contagió el entusiasmo que reinaba, le hicimos apurar un sorbo de champagne, y en seguida dijo:

—Tambien el vice-gobernador debe poner algo de su parte.

Mandó luego que se formara otro victor con otra música, y que se repartieran al pueblo veinte cestas de champagne.

Es verdad que los tres habiamos agotado el dinero que traíamos; pero contábamos en Culiacan con crédito ilimitado, é hicimos uso de éste para gastar en aquella calaverada mas de mil pesos.

Paseamos á nuestro vice-gobernador triunfante por las calles principales de la ciudad, seguidos de las dos músicas que seiban alternando con sus sonatas, aumentándose las hachas en cendidas hasta mas de 500. En

los pequeños intervalos en que no había piezas de música, victoreábamos á nuestros candidatos hasta desgañitarnos. Todo el pueblo iba allí reunido, y alegre hasta lo sumo con las libaciones, nos secundó admirablemente.

Llegamos á la plaza de la Cruz, llamada así por contener una en el centro rodeada de gradas. Esta fué la que escogimos para convertirla en tribuna: todavía nos faltaba perorar á los ciudadanos. Hicimos que Adolfo Palacio subiera el primero, quien realmente conmovido, expresó magníficas ideas de concordia, de paz, de progreso y de libertad. Excitó á todos los sinoenses para que olvidando los enojosos accidentes de la lucha pasada, formaran un pueblo modelo por sus virtudes republicanas. Aseguró bajo su palabra de honor, que él sería el primero en proponer un abrazo á Rubí y brindarle con la mas sincera reconciliacion.

Como sus tiernas palabras produjeron el mas vivo entusiasmo, le instamos á que subiendo hasta la última grada inmediata á la cruz, para que todos lo vieran, continuara hablando. Así lo hizo, y volvió á ser recibida su palabra con salvas de aplausos.

En seguida peroramos Granados y yo, haciendo los encomios debidos de los candidatos que habian triunfado en la lucha electoral, asegurando al pueblo un caudal de felicidades. Seguramente estábamos bien penetrados de nuestro papel, ó nuestro auditorio muy bien dispuesto, porque tambien fuimos aplaudidos con frenesí, obligándonos á hablar á cada uno tres veces.

A todo esto, el prefecto Ibarra estaba contentísimo,

y era el que llevaba la direccion de los aplausos y las aclamaciones.

A la media noche nos fuimos retirando, primero Palacio, despues yo, y al último Granados, quien llegó á nuestro alojamiento riéndose á carcajadas.

—¡Magnífica ha estado la comedia! exclamó.

Palacio, que ya se habia racogido, se incorporó en la cama y preguntó con estrañeza:

—¿Cómo comedia?

Entónces Granados le refirió todo lo que ignoraba.

—¡Canastos! exclamó Adolfo despues de haber estado escuchado con religioso silencio, lo que mas siento es haber subido hasta la última grada de la cruz para perorar al pueblo.

Y no tuvo mas remedio que acabar tambien por reirse de la ocurrencia, conviniendo en que si bien era un recurso para parar el primer golpe, él no nos hubiera permitido emplearlo.

Seguimos riéndonos un rato de la ocurrencia, y principalmente de algunos detalles que bien lo merecian, consagrándonos á dormir unas cuantas horas, para tener nuevo consejo ántes de que amaneciera el dia si guiente, á fin de dar término feliz á la aventura.

Apénas por los entreabiertos balcones empezaban á verse los primeros tintes de la aurora, y apénas acababa de abandonarme el intranquilo sueño que podia proporcionar aquella extraña situacion, cuando sentí que álguien se acercaba á mi lecho. Era Granados, el cual me dijo con voz apenas perceptible:

- Abogado.
 —¿Qué hay?
 —Vístase.
 —Ya estoy vestido.
 —Tome su pistola y sígame.
 —Y Adolfo?
 —D. Quijo está durmiendo.

Granados le decía Don Quijo á Palacio porque era este un Quixote para todas sus cosas.

—Es seguro que á Vd. se le ha ocurrido la misma idea que á mi; y Palacio va á sentirse con nosotros si no le damos su parte en el peligro.

—Allá afuera le expondré mis razones. Vámonos.

Salimos con toda precaucion sin que Palacio nos sintiera y Granados me explicó que Martin Ibarra le tenia grande ojeriza llamándole roguloso, por lo cual habia juzgado prudente, no llevarlo en nuestra compañía.

En un cuarto bajo estaban Ballesteros y los dos correos, á los cuales armamos tambien, y luego nos llevamos á otro oficial subalterno amigo nuestro que Granados habia dejado en la puerta del zaguan como especie de centinela.

Eramos seis por todos y solo Granados y yo teniamos buenas pistolas. Las otras estaban cargadas con cartuchos de papel desde hacia tiempo y una de ellas inservible de descompuesta.

El plan de Granados era que sorprendiéramos la guardia de la cárcel y si era preciso que matáramos al centinela.

—Me parece que es inútil derramar sangre en la situacion ventajosa en que estamos colocados, le dije, lo mejor es ir á la casa de Ibarra y levantarlo ántes de que se le bajen los humos del Champagne.

En seguida le agregué algunas palabras al oído que no era conveniente que los otros oyeran. Aprobó con entusiasmo y dió orden á Ballesteros para que con el oficial y los dos mozos nos fuera á esperar en las inmediaciones del cuartel.

Granados y yo nos fuimos á la casa de Ibarra que estaba inmediata, con grandes esfuerzos logramos hacerle despertar y mas trabajo aún nos dió hacerlo que saliera con nosotros, pero al fin lo conseguimos conduciéndole al cuerpo de guardia.

Hacía una hora á lo más que se habia acostado y se veia muy bien que no estaba todavía en sus cabales.

Cuando estuvimos en el punto, el dijo Granados:

—Supongo que serás de los nuestros.

—¿Qué me quieres decir?

—Que harás causa comun con los amigos de Martinez.

—¿Y el general Rubí?

—Tambien se vendrá con nosotros para que todos juntos trabajémos por la prosperidad del Estado.

—Si él entra....

Granados no le dejó concluir y se apresuró á decir en voz alta:

—Lo primero que debemos hacer, supuesto que ya no hay enemigo á quien temer, es licenciar esta fuer-

za que ya es inútil y que está costando dinero.....

—Sería bueno que....murmuró Ibarra.

Granados no le dejó seguir, sino que dirigiéndose á los ochenta soldados que tenia alli Ibarra para cuidarnos á nosotros más que para otra cosa, los cuales habian tomado sus armas y empezaban á formarse, les dijo una pequeña arenga que terminó así:

—Muchachos: el Sr. Prefecto dá á ustedes las gracias por sus servicios y les permite retirarse á sus casas.—Rompan, filas.

—¡Viva el coronel Granados! gritaron todos.

Y en ménos de un minuto no quedó ni sombra de aquel pequeño ejército. Llamé á Ballesteros y él con sus tres hombres se apoderó del armamento y se encargó de cuidar la prision.

Ibarra se fué á continuar durmiendo, pareciéndole sin duda sueño lo que habia visto, y nosotros nos fuimos á dar cuenta á Falacios de que la necesidad, que es en algunos casos inflexible, nos habia obligado á pronunciarnos.

—¡Cómo! exclamó ¿eso más?

—Sí, señor, le dije con toda calma, estamos pronunciados solo para evitar que las gentes de Rubí nos lleven á su presencia codo con codo, segun su orden; pero nos despronunciaremos si nos dan garantías.

—Han hecho Vdes. bien, nos contestó despues de un rato de haberse estado mordiendo las uñas, segun su costumbre.

Al medio dia llamamos al coronel Ibarra á nues-

tro alojamiento. Granados le dijo mostrándole la carta-orden de Rubí:

—Un correo trajo para tí esto.

Ibarra leyó de cabo á rabo cambiando de color.

—¿Qué resuelve Vd. hacer? le preguntó Palacios.

El ex-prefecto no atinaba con dos palabras. Conoció que estaba perdido, que habia sido víctima de una burla. Despues de muchas vacilaciones contestó:

—No hubiera obedecido esta orden cuando tenia fuerza, ahora ménos.

Y nos devolvió la carta que no quiso siquiera conservar, añadiendo despues de un rato:

—Haya ó no salido electo gobernador el general Martinez, yo creo que no he de continuar de Prefecto: hago ante Vdes. renuncia de la prefectura.

Entónces me suplicó contestara á Rubí que no podia obedecer su orden porque era contraria á la Constitucion del Estado, la cual prevenia que toda clase de órdenes fueran autorizadas por el secretario, sin cuyo requisito no podian ser obedecidas y que él no podia ser cómplice en un atentado semejante.

Luego firmó otras comunicaciones dirigidas al gobierno del Estado, al presidente del Ayuntamiento de Culiacan, etc., etc, participándoles que renunciaba los cargos de prefecto político y Comandante Militar.

Muy agradecido se manifestó de que le dejáramos salir libremente esa misma tarde de la ciudad de Culiacan.

Al presidente del Ayuntamiento tocaba por ley

recibirse de la Prefectura; pero la rehusó, y Granados á quien se le habia mandado meses ántes un nombramiento con una Zona militar de cuatro distritos, para que trabajara en las elecciones por Rubí; entre los cuales estaba comprendido el de Culiacán, asumió tambien el mando político de éste, y ya tranquilos con estos cambios nos quedamos esperando el desenlace de los acontecimientos.

Este desenlace no se hizo esperar: dos dias despues tuvimos la noticia pormenorizada de que se habia logrado arrancar por la fuerza á los diputados, un decreto declarando á Rubí Gobernador del Estado.

A los ocho dias se mandó en comision al General Jesus Toledo, para que nos ofreciera un indulto parcial en nombre del Gobierno.

A los diez dias se ordenaba al coronel Atanasio Aragon hiciera una concentracion de fuerzas en Cosalá previniéndole que tratara por todos los medios posibles de capturarnos.

Luego vamos á ver lo que resultó.

CAPITULO VIII.

PLANES Y CONTRAPLANES.

La conmocion que se produjo en todo el Estado por los escándalos llevados á efecto en Mazatlan, principalmente el ultimo, que estaba arguyendo un sumo grado de flaqueza en la legislatura, es difícil de pintarse. Tanto se excitaron los ánimos, que los pueblos solos, sin esperar á que hubiera combinaciones ni gefes, empezaron á pronunciarse desconociendo una autoridad que queria imponérseles por la intriga y por la violencia. Principalmente se sentian indignados los habitantes de las poblaciones pequeñas, porque sabian que sus representantes lejos de merecer respeto del poder, habian sido vilipendiados con la mayor indignidad.

Era casi unánime el clamoreo que se levantaba contra las arbitrariedades que se habian llevado á cabo en Mazatlan. Todos los dias llegaban cartas y comisiona-